



MIRE USTED COMO ESCALAN DOS ESPÍAS LA VENTANA.

EL TERRIBLE VENGADOR,

ó

LOS NEGRITOS.

V.

PAGAN JUSTOS POR PECADORES.

Al día siguiente se levantó Eduardo muy temprano con el objeto de dirigirse al *Terrible Vengador*, pero ignoraba que durante la noche habían acontecido algunas novedades. En primer lugar, el bergantín no estaba ya en el río, pues se había aprovechado de las tinte las para deslizarse hacia el mar como una serpiente marina por enmedio de los buques ingleses que componían la escuadrilla; en segundo, el capitán del *Terrible Vengador* permanecía en tierra, aunque nadie sabía el motivo de tan extraño proceder; en tercero, había llegado ya á bordo de la corbeta de guerra la noticia de que no existía el comandante sir Williams Hennison, y su segundo no se había descubierto en tener precauciones para descubrir al asesino. Cuando llegaron a noticia de E. Hennison estas tres novedades no le sobresaltaron, y la última en unos que ninguna, por que la esperaba desde luego; pero sintió en extremo la primera, pues había contado con el bergantín como un medio para salvarse.

—Es probable que sea un pirata, se dijo á sí mismo, pero estoy seguro de que me habiera dado asno, y esto me bastaría por ahora; si al menos pudiera yo encontrar al capitán! Asegura ese viejo contra-maestre que se ha quedado en *Gallinas*, y esto quiere decir que su *Terrible* no ha ido muy lejos. Tal vez se habrá propuesto llamar la atención de los ingleses cruzando á la vista para hacerles abandonar el río; si es así, yo le he trastornado el plan matando al verdugo de mi padre, porque esto se va á llenar de barcos enemigos y no quedará titere con cabeza. En fin, busquemos al capitán pirata ó lo que sea; se ha mostrado hostil á los ingleses, y podrá hacer de él un aliado respetable.

Salió nuestro jóven de la *factoría* lleno de esperanza, mas no había caminado trescientos pasos, cuando vió que dos malitos negros, de aquellos que los cruceros emplean en tierra para adquirir noticias, y que bien merecen el título de espías del gobierno de *Sierra-Leona*, for-

cejeaban con otro negro de los civilizados de *Hoeys*, conduciéndole á duras penas hácia el casucho en que yacía cadáver el comandante de la corbeta.



En vano protestaba aquel infeliz su inocencia; los espías le acusaban á voz en grito del asesinato del capitán, y no era necesario mayor testimonio para que los comisarios ingleses dispusiesen su suplicio. Eduardo iba á interceder en su favor y tal vez á comprometerse guiado por un generoso impulso de justicia y de abnegación propia, pero le contuvo el pensamiento de que su suplicio de nada aprovecharía al negro, porque los ingleses nunca se contentan con un solo culpable; pasó pues de largo, como hombre distraído que va seriamente ocupado en sus negocios.

Inútilmente visitó durante todo el día las barracas de *Gallinas*; ningún blanco de los pocos que allí moraban le dió razón del capitán pirata; llegó la noche y no por eso había adelantado mas á nuestro jóven.

—¿En dónde demonios se habrá metido! murmuraba entre dientes. Es preciso que esté amando algún proyecto infernal, ó no es verdad que se ha quedado en tierra para esponerse á ser cogido por estos vándalos. Pero no hay remedio; tengo que pasar otra noche en la *factoría*.... ¡Ora noche!... Si, y si mañana no doy con él me volveré al pacífico *Hoeys* hasta que se me presente ocasión mas favorable para salir de *Africa*. ¡Y con todo! En *Africa* dejaría yo mis huesos, si el deseo de abrazar á mi querido hermano.... ¡Ah! Si Enrique supiera mis infortunios... la catástrofe de la *Esperanza*.... Ya me habrá llorado por muerto... cerca de dos años y medio sin que baya podido recibir noticias mías..... ¡En dónde estará!... ¡Que suerte le habrá cabido!... Plegue al cielo que sea mejor que la mía....

Distrajeron á Eduardo de sus tristes cabila-

ciones unos gritos que escuchó. A poco rato observó que otros negros pertenecientes al cuerpo de espías que ya hemos mencionado despojaban á otro, que servía de intérprete en *Gallinas*, de todos sus vestidos: el pretexto les daba carta blanca para cometer impunemente toda clase de atropellamientos, pues no era otro que acusar al que bien les parecía como cómplice en la muerte dada á Sir Hennison. También el intérprete ponía al cielo por testigo de su inocencia, pero en vano: los espías le desnudaron completamente y le arrastraron consigo.



—Otra víctima mas, arrojada por el enemigo de la especie humana al hambre de esos insaciables tiburones! dijo Eduardo apretando los puños convulsivamente.

Mucho debía sufrir su alma en aquel momento, al considerar que su venganza debía atraer la cólera británica sobre muchas cabezas. Mucho loco, desesperado se dirigió con precipitación á la *factoría* con la firme intención de encerrarse en el rincón mas oscuro de ella.

—¿Adonde bueno tan de prisa, camarada? le dijo un hombre acercándosele.

Eduardo se estremeció involuntariamente pero reconociendo al contra-maestre, contestóle aparentando serenidad.

—A la *factoría*

—No hará Vd. tal, si en algo estima el consejo de un marino experimentado. Cuando Vd. me vé por estos barrios, no será porque tengo muchas ganas de navegar; no por cierto; algo mejor estaría yo á estas horas anclado en la *factoría* con el porrón de caña delante de mí y mascando mi tabaco para llamar el sueño; pero, amigo, me he hecho á la vela por estas barracas para esperar la noche y tomar el largo con seguridad porque en *Gallinas* no hay vida que pertenezca hoy al que cuenta con ella.

—Me asusta Vd. ¿Qué hay de nuevo?

Hay que ha desembarcado de la corbeta un destacamento de soldados negros de *Sierra-Leona*; hay que estos soldados van á hacer visitas

domiciliarias esta noche; hay que... per) en
cic..... ¿no los vé Vd. desde aquí?

—Si; son cinco.
—Cuatro y el cabo que es blanco; los demas
habrán ido á otra parte: arrimémonos á un la-
do..... ¡Calla! el cabo coloca dos centinelas.....
Pues van á registrar la factoria.... ¡Qué fortuna!
Si me pescaran, estoy cierto de que no harian
gracia á un empedernido negrero de mi cala-
ña..... ¡El! Los angelitos lo entienden en no en-
trar por la puerta que ya tendrán bien guardada.
Mire Vd. como escalan dos espías la ventana....

—¿Qué precauciones?
—Es que allí piensan encontrar al matador
de *Pata de palo*.
—¡Allí!
—Bastante digo á Vd. con eso... Vámonos.....
—¿En donde nos ocultaremos?
—En el *Terrible Vengador*.
—Imposible; ha salido del rio.
—Ya volverá á entrar; su capitán esta en
Ho ys.
—En *Hocys*!
—Si quiere Vd. seguirme le encontraremos.
—Si quiero!.... Con toda mi alma; no perda-
mos un instante.

Eduardo y al contramaestre se metieron en
el bosque.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Mientras arde la agitación en calles y plazas
públicas yacen en silencio los teatros y enmu-
decen los que de sus funciones escriben: esto
es lo menos malo, si bien se mira, porque al fin
nunca hemos de ser propicios á las traducciones,
y ellas son la cosecha de verano de nuestros co-
fiseos, cosa que no censuramos pues la concu-
rrencia es escasa y reducidos deben ser los gas-
tos de las empresas; aun cuando hay quien diga
que si se ejecutáran producciones que merecie-
sen la pena llenas estarían todas las localidades,
y citan en su abono la *Lámpara maravillosa* que
se estrenó en el pasado estío, y produjo muchas
entradas, y el *Pirata*, ópera de Bellini, cuya
representación lleva al Circo gran número de
espectadores. Sea de esto lo que quiera, mien-
tras solo traducciones nos regalan seremos con-
cisos en su análisis por ser ocupación que
enoja.

Con el *Pozo de los enamorados* dió el teatro
del Principe principio á sus interrumpidas re-
presentaciones. Está sacado por el señor Vega
de una ópera cómica de Scribe: original y ar-
reglo son ricos de inverosimilitudes, pero de in-
verosimilitudes que recrean por el animado y á
veces festivo diálogo que las desenvuelve. Es
comedia el *Pozo de los enamorados* que ocupa
un hueco de dos ó tres dias, y eso con trabajo y
poco provecho para la empresa; su representa-
ción hizo reír al poco ó mucho público que la
presenciaba y su éxito ha sido mediano.

Después de grandes preparativos se puso al
fin en escena en el teatro de la Cruz el *Capitan
de fragata*. No es comedia como anuncian los
carteles, sino un sainete como dicen cuantos
á él han asistido, una farsa que pudiera califi-
carse de inocente, una fábula calcada sobre el
molde del *Médico á palos*, de que son mezzqui-
nas parodias el *Héroe por fuerza*, el *Rey de
Iretot*, y el *Capitan de fragata*; este ha sido
arreglado al castellano por el señor Peral.

Dejemos á un lado la pieza, pues ya hemos di-
cho que es un sainete legítimo y á estos solos se
les debe pedir tal ó cual chiste sin verosimilitud,
sin orden, y nada mas: puédesse hacer uso de
cualquiera de los tres actos en diferente dia,
y cada uno de por sí será un fin de fiesta muy
divertido. El original francés ha ganado bastan-
te por parte del traductor, pero ha perdido un
final que nosotros creemos de algun efecto, por
un golpe de musica intempestivo cuando menos.

De la ejecución no diríamos nada si no tuvié-
ramos que admirar la inteligencia con que el se-
ñor Lombía desempeñó su papel de Froment,
venciendo las grandes dificultades que presenta
y superando en algunos casos, como en la esce-
na del ponche, las gracias del texto. Pero por mas
que quisiéramos decir otro tanto de los demas

actores es imposible, y seria para nosotros un
cargo de conciencia dejar de advertir á la señora
Tabela y examine mejor en adelante los papeles
que toma á cargo. pues aunque el de Matilde que
desempeñó ó debió desempeñar (en el tiempo es-
tá el golpe) ofreciá pocas dificultades, era supe-
rior á sus fuerzas, sin que este sea un delito,
pues quien hace lo que puede á mas no está obli-
gado. Ni se crea que hay acritud en lo que de
esta apreciable artista se nos viene á la pluma;
pues descamos de buena fé no dé margen á que
cunda la especie, suscitada por alguno de que
la señora Tabela es en la declamación lo que la
señora Chelva en el canto. Hallábase en voz el
señor Lopez dando tales gritos que á veces lle-
gamos á temer por las gentes que tripulaban el
buque: si corriera este defecto brillarian mas
sus recomendables dotes de actor. Reprima ese
lujo de pulmon, que ya tendrá ocasiones de lu-
cirlo; y en esa misma función puede hacerlo
cuando le dice al pirata Arria, *bandera ó te echo
á pique*, pero como antes habia empleado el mis-
mo tono para decirle á su hijo; *vamos, confiate
á tu padre*: no tiene la voz el efecto de claro
oscuro.

En cuanto al aparato escénico ha hecho la
empresa mas de lo que nosotros esperáramos,
atendida la estación, y mucho mas aun de lo
que permite el escenario de su teatro. Los que
no hayan visto un buque de guerra formarán una
idea muy aproximada de lo que es, asistiéndolo á
la representación del *Capitan de Fragata*; tanto
la parte exterior como la interior de los camarotes
están bien entendidas; el mar está perfecta-
mente copiado, y en particular la parte que queda
á la derecha del espectador y que ilumina la
tuna. No menos exacto se advierte el reflejo del
barco pirata incendiado sobre la cubierta del
Guerrero.

Al final de la pieza quisieron que saliese el
sol, pero este, mas prudente que todos ellos, no
tuvo á bien complacerles, porque de haber salido
tenia que alumbrar un paisaje de Tolon,
mejor que cuantos se han visto hasta ahora en
los abanicos de novia y de calaña.

REMORDIMIENTOS.

A MI AMIGO M. UBRABIETA.

Remordimientos!.... Palabra terrible! palabra
que encierra todo el porvenir de un hombre! pa-
labra que lleva á su perdición á la cabeza mas
organizada y fuerte!

Nace el hombre, y se encuentra en el mundo
como un barquichuelo arrojado á merced de las
aguas, y ¡ay de él si se deja arrastrar por las
impetuosas olas! Ellas le harán bien pronto zo-
zobrar. Cuando adquiere su razon, se halla equi-
librado al borde de un precipicio; una fuerza
viene á empujarle por detras para sepultarle en
el abismo, y otra fuerza quiere contrarestarla,
sosteniéndole por delante para evitar su caída:
las dos fuerzas mantienen una lucha que debe
decidir de la suerte de aquel ser; si el hombre
cae en el abismo, es porque á aquella vez las pa-
siones han vencido; si retrocede, es porque la
conciencia ha ganado en la lucha.

Si llegan á vencerle las pasiones, ya no puede
sujetarse á sí mismo y conoce que hasta enton-
ces ha vivido, por decirlo así, en la infancia:
los remordimientos vagan sin cesar por su ima-
ginación, no pudiendo comprender qué es lo que
le atormenta y persigue por todas partes com-
un anatema: este anatema es como su sombra,
que no le abandona un segundo. En la oscuridad
está tambien la sombra; solo que aquí queda el
consuelo de no verla, pero los remordimientos
están tambien allí, siempre allí. En la oscuridad
se ven mas y mas, pintándosele como una au-
reola de fuego, en cuyo centro se distingue cla-
ramente un punto negro que se va poco á poco
agrandando: este punto negro es el crimen.

Cuando el hombre ha penetrado su desgracia
se desconoce á sí mismo, y como si hubiera pa-
sado por él una generación, varía enteramente,
olvidándolo todo en este mundo; ya para él no
hay placeres, no hay encantos en la vida, no
hay amor, no hay mas... que el crimen!

Los remordimientos arrebatan al hombre y
trastornan su razon, hasta que queriendo li-
brarse de aquella pesadilla, trata de hacer cual-
quier acción que le haga desechár el recuerdo de
su falta; pero los remordimientos se presentan
en la forma de una fantasma que pone su des-
carada mano en la del hombre casi arrepentido
para evitarlo; mas si aquella acción tiende de al-
gun modo á un nuevo crimen, aparta su mano
y desaparece mientras que se perpetra, apare-
ciendo despues para atormentarle nuevamente
mas horrorosa, mas amenazante, mas livi-
da aun.

El hombre se halla dominado ya por una
fuerza sobrenatural que le incita á saciarse de
crímenes, cada vez mas espantosos y cada vez
mas aterradores. Desde entonces, el hombre pa-
ra obrar no es mas que una maquina, un agente
de ese poder que le arrastra á su pesar, y la
conciencia ya nada puede hacer en su alma: la
conciencia le ha abandonado.

Quiere siempre vencer aquella idea que no se
separa de su vista y que acibara su existencia.
Esta idea le horroriza y siempre le pinta en un
cristal transparente la dulzura de su vida ante-
rior. El hombre mira sin querer al traves de
este cristal, y ve de la parte opuesta el mundo
con sus goces y placeres; de su lado solo ve el
crimen personificado en él mismo; alla una or-
jia: aca un abismo.

Ya no encuentra otro remedio á sus males
que poner término á ellos, y conoce que el úni-
co medio de librarse de una vez de aquel fantas-
ma, de hacer desaparecer aquellas ideas que
introducen un germen que va consumiendo su
vida es.... la muerte!

TEODORO GUERRERO.

POESIA.

De un árbol á la sombra
y orillas de un arroyo,
estaba yo con Nise
una tarde de otoño.

En sus manos inquieto
veíase un cogollo
de rosa, cuyo efecto
probaba de mil modos.

Ya con su cabello rubio
servíala de adorno,
ó en su inocente pecho
lucía vergonzoso.

Y cuando la corola
tocó á sus labios rojos
cogió la flor al punto
de su dicha envidioso.

Y al respirar su aroma
sentí abrasarme todo,
y desde aquel instante
mi amor por ella es loco.

BRAULIO A. RAMIREZ.

TEATROS.

CRUZ.

Hoy no hay funcion.

PRINCIPE.

Hoy no hay funcion.

CIRCO.

A las ocho y media de la noche.

EL PIRATA,

ópera seria en tres cuadros.

IMPRESA DE BOIX.